

## CELEBRACIÓN POR LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

*Catedral de La Habana, 1 de enero del 2001*

Queridos hermanos y hermanas:

El día primero del año, la Iglesia Católica celebra, por iniciativa del venerado Papa Pablo VI, la Jornada Mundial de Oración por la Paz. Lo hace fijando de nuevo su mirada, a los ocho días de la fiesta de la Navidad, en el Pesebre de Belén. Allí, en la cuna pobre de una familia en tránsito que encontró un lugar menos frío donde colocar a un recién nacido, está con toda la ternura de un niño, con toda la esperanza que evoca cada niño, aquel que vino a traer la paz a los hombres que ama el Señor.

Hoy, la Iglesia pone su mirada especialmente en María, la Madre de Jesús, la Madre del Hijo de Dios hecho Hombre. Lo hace porque en ella, en la mujer escogida por Dios para ser la portadora de la luz a un mundo en tinieblas, se simboliza la acogida al Don de Dios, la perfecta aceptación de cuanto Dios Padre ha querido para los hombres al enviarnos a su Hijo.

Aquella madre en tránsito personifica también a la humanidad que pasa y se renueva en cada generación, pero además a la multitud de hombres y mujeres sin techo, refugiados, emigrantes, desplazados por las guerras, por los odios raciales. Al mismo tiempo, María encarna a esa misma humanidad que perdura siempre, porque es capaz de conservar muchas cosas en su corazón, en su memoria histórica y las medita, es decir, las vuelve a ver bajo una luz totalmente nueva en cada hora posterior, en cada nueva situación, siendo así siempre la misma y siempre nueva.

Este año, el Mensaje del Papa Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Paz trata sobre las culturas de los pueblos. Justamente la cultura es esa capacidad que tiene la humanidad en cualquier región del mundo, en cada momento de la historia, de integrar experiencias, recuerdos, tradiciones, en un todo armónico que conserva en lo hondo de su ser grupal, sea regional, nacional o étnico, con la posibilidad de repensar siempre ese acervo y hacerlo vida en el presente e inspiración para el futuro.

Son tantas y tan diversas las culturas de los pueblos, pero al mismo tiempo, en un mundo globalizado como el nuestro, hay tanto acercamiento de las distintas culturas entre sí, que es necesario establecer entre ellas una relación verdaderamente humana, si no queremos que se pierdan muchos de los tesoros espirituales de la humanidad, sobre todo cuando corren el riesgo de ser sumergidos en una cultura dominante, impuesta frecuentemente por los medios de comunicación con intereses ideológicos, comerciales o políticos.

Un falso acercamiento a las culturas, haciendo de ellas folclore, un espectáculo fascinante o curiosidad pasajera (lo cual suele acompañar al turismo), no es lo que se requiere para que todos entren en contacto con la cultura de todos. Por eso, el Papa Juan Pablo II propone para esta Jornada Mundial de la Paz un «diálogo entre las culturas para una civilización del amor y de la Paz». Y esto lo hace el Papa al inicio de un nuevo milenio, con la esperanza de que «las relaciones entre los hombres se inspiren cada vez más en el ideal de una fraternidad verdaderamente universal».

Cuando el Santo Padre dice «verdaderamente universal» está dejando a un lado esa falsa cultura global que elimina diferencias externas, expresiones artísticas, enfoques diversos, con el ánimo de hacer que los hombres acepten un modelo cultural único, pero irrespetuoso de lo propio, y todo en aras del dominio de los grandes centros de poder político y económico sobre todo el planeta.

Pero ¿cómo lograr esa unidad en la diversidad? Responde de este modo el Papa: *«no pienso que, sobre un problema como este, se puedan ofrecer soluciones fáciles de inmediata aplicación. Por eso –sigue diciendo el Santo Padre–, me ha parecido urgente invitar a los creyentes en Cristo, y con ellos a todos los hombres de buena voluntad, a reflexionar sobre el diálogo entre las diferentes*

*culturas y tradiciones de los pueblos, indicando así el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado, capaz de mirar con serenidad al propio futuro. Se trata de un tema decisivo para las perspectivas de la paz».*

Paradójicamente, no se hace frente a la avalancha de una cultura impuesta por los medios masivos de comunicación que parece invadirlo todo, a partir del encierro, el control, la autoexaltación de una cultura con desconocimiento de las otras, o la sustentación ideológica a toda costa de una cultura delineada, diseñada según criterios y concepciones de un grupo determinado, pues toda predeterminación o planificación de una cultura la priva de su mismo ser al despojarla de la espontaneidad propia de la libertad.

Al respecto, el Papa Juan Pablo II afirma en su mensaje: «Ser hombre significa necesariamente existir en una determinada cultura. Cada persona está marcada por la cultura que respira a través de la familia y los grupos humanos con los que entra en contacto, por medio de los procesos educativos y las influencias ambientales más diversas y de la misma relación fundamental que tiene con el territorio en el que vive». Y después añade el Papa algo que debe ser considerado fundamental en el tratamiento de la cultura de un pueblo: «en todo esto no hay ningún determinismo, sino una constante dialéctica entre la fuerza de los condicionamientos y el dinamismo de la libertad».

En Cuba fue la cristiandad como estilo de civilización, pero aún más el cristianismo como motor impulsor, cimiento y armazón estructural el que conformó nuestra cultura nacional. Si bien hay aportes de otro orden, y no irrelevantes, en la caracterización de la cultura cubana, la matriz de nuestra cultura es cristiana. El cristianismo es el tronco donde se injertaron las diversas etnias africanas con sus respectivas culturas, las ideas libertarias e independentistas nacidas de la Ilustración, que a su vez tiene su origen en el mundo occidental cristiano y todos los demás aportes que se sucedieron a través de los siglos XIX y XX.

No es pues desdeñable el papel que como raíz y como tallo desempeñó y desempeña el cristianismo en la estructuración de la civilización en Cuba. Los valores familiares, sociales, nacionales, las tradiciones, las costumbres, están radicados y crecen todos en nuestra tierra en ese suelo abonado por el cristianismo desde hace 500 años. Prestemos atención a lo que nos dice el Papa Juan Pablo II en relación con esta necesaria fijación en lo sólido y perdurable: «La acogida de la propia cultura como elemento configurador de la personalidad, especialmente en la primera fase del crecimiento, es un dato de experiencia universal, cuya importancia no se debe infravalorar. Sin este enraizamiento en un humus definido, la persona misma correría el riesgo de verse expuesta en edad aún temprana a un exceso de estímulos contrastantes que no ayudarían el desarrollo sereno y equilibrado. Sobre la base de esta relación fundamental con los propios «orígenes» –a nivel familiar, pero también territorial, social y cultural– es donde se desarrolla, en las personas, el sentido de la «Patria», y la cultura tiende a asumir, unas veces más y otras veces menos, una configuración «nacional». El mismo Hijo de Dios, haciéndose hombre, recibió, con una familia humana, también una «Patria». Él es para siempre Jesús de Nazaret, el Nazareno.

Si los orígenes se desdibujan, si la propia cultura es rediseñada en etapas sucesivas sin atender a sus raíces, se pierde el sentido de pertenencia a un mundo cultural determinado.

Nos preocupa frecuentemente a todos que en la juventud cubana no se dé un claro amor a la Patria, a lo propiamente nacional cubano. No se trata de un total desprecio, sino de un desapego, de un gusto por lo foráneo, acompañado en muchos casos por un deseo de realización personal fuera de Cuba, sin que parezcan los jóvenes valorar sus orígenes, como si no sintieran arrancarse de su suelo vital, dejando aquí sus raíces. Esto lleva a muchos cubanos a tener que reencontrar, en Cuba o fuera de Cuba, y en ocasiones de modo dramático, su propia cultura, pero también a otros, en Cuba o fuera de Cuba, a ser incapaces de transmitirla a las nuevas generaciones, o aun a dejar personalmente de nutrirse con aquella savia vital.

El Santo Padre nos habla en su mensaje de la necesidad para cada cultura de entrar en diálogo con las demás. Recuerda el Papa que nadie debe cerrarse en su propia cultura, sino que debe vivirla conscientemente y conocerla de tal modo que pueda dialogar con las demás culturas, enriqueciéndolas y dejándose enriquecer por ellas. Para esto es necesario tener una vivencia lo más plena posible de la propia cultura.

Los jóvenes cubanos que participaron en Roma en la Jornada Mundial de la Juventud no podían responder a otros jóvenes de distintos países cuál era la comida propia de la Navidad en Cuba.

Permítanme que me refiera ahora aquí a otros hechos anecdóticos y reales, muy cercanos a nosotros en el tiempo y en el espacio, que ilustran ese desfase cultural que se da entre nosotros, cubanos, en las nuevas generaciones y que no prepara a la juventud de Cuba para enfrentar dialogalmente el desafío cultural de la hora presente.

Un hombre joven, de unos 28 años de edad, contemplando la escena del nacimiento de Jesucristo colocada junto a las puertas de nuestra Catedral, preguntaba a una religiosa, con mucho respeto, qué significaba aquella escena: esa mujer, ese hombre, ese bebé, esos animales. La hermana le dijo que se trataba de la representación o reproducción artística del nacimiento de Jesucristo. Que aquella mujer era María, que aquel hombre era José, que aquel niño era Jesús, el Hijo de Dios que había nacido pobre en un lugar donde se cuidan animales.

El desconocimiento de aquel hombre de la representación popular del nacimiento de Jesucristo, de la misma persona de Jesús, es algo más que «incultura» en la acepción vulgar del término, es una carencia de iconos representativos de la vida misma del hombre sobre la tierra, según una tradición de dos mil años que ha dado sentido en el mundo cristiano, y por ende en Cuba, al amor familiar, al cuidado de los hijos, que nos recuerda el escándalo de la pobreza, responsable de que algunos hombres, muchos de ellos, vengán al mundo en condiciones muy precarias; es el desconocimiento del llamado a la conciencia que significa nacer rodeado de amor, como lo más importante, aunque no tengamos nada más. Así quiso nacer el Hijo de Dios hecho hombre para traer a los hombres un mensaje transformador del mundo que pondría en su lugar lo pequeño, que derribaría a los poderosos y engrandecería a los humildes. ¡Cuántas cosas nos puede decir la escena de Belén en orden a la vida, al amor, a la sencillez, al reclamo de justicia para los pequeños, a la ternura, de la cual nuestro mundo parece absurdamente desprovisto!

Cuando de niños hemos visto hacer de barro, de yeso, con elementos simples, con hierba del campo, un pesebre, y recostar en él al niño Jesús, cuando por unos centavos lo hemos podido comprar y repetir en el hogar aquella escena, nos forjamos, sin percatarnos, un proyecto de vida que abarcaba desde los sentimientos del corazón hasta el quehacer de nuestras manos, desde el espíritu hasta el trabajo, desde los sueños hasta el amor familiar. ¿Qué otro icono de la vida tuvo aquel joven de 28 años? Ojalá haya tenido alguno tan sugestivo, tan fuerte, tan tierno y noble como este, que haya podido servirle para fundar su existencia y la de los que lo rodean o depender de él.

Y esta es la otra anécdota:

Un grupo de seis u ocho jóvenes de la Academia de Pintura de San Alejandro se presentó ante un párroco no hace mucho tiempo, porque el profesor había explicado en clase la técnica de Fra Angelico en su hermosa pintura de la Anunciación. Había descrito el estilo del pintor, había descubierto su método, la selección que él hacía de los colores, etc. Preguntado el profesor por la escena misma que el pintor plasmaba en su cuadro, este dijo a sus alumnos: Para esto vayan a ver a un cura, porque aquí lo que hay es un ángel y una mujer, pero yo no sé nada más de esto. Y allí estaban los alumnos ante el sacerdote que daba respuesta a lo que aquel profesor, también joven, fue incapaz de responder: Que Dios envió un ángel a la Virgen María para proponerle que fuera la Madre del Salvador, del Hijo de Dios, del Mesías, que María, arrobada y temerosa, mira al ángel preguntándole ¿cómo puede ser esto?, que el ángel le responde que el Espíritu Santo vendrá sobre

ella y la cubrirá con su sombra y que María dijo: Aquí está la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Es imposible explicar la técnica de Fra Angelico sin decir que quien pintaba el cuadro era un hombre de vida santa, de una fe profunda en Dios, un religioso consagrado al Señor y que en la escena plasmaba a la Virgen trémula y confiada ante el designio insondable de Dios.

Son dos anécdotas, una de extracción popular, otra tomada curiosamente del mundo de la llamada «cultura». También de la Anunciación del ángel a María se sacan tantas consecuencias para la vida: la humanidad, simbolizada en la mujer, está delante del ángel, de lo desconocido, de Dios, y le hace un voto de confianza al Señor; el ser humano, ignorante del misterio, se abre a él, se entrega a él. Es el diálogo de Dios con el hombre *libre* que puede responder sí o no. La Anunciación del ángel a María es el icono de la opción trascendental que todo ser humano debe hacer en la vida.

El daño cultural no está en el desconocimiento de la historia que da origen a la escena del Belén de la puerta de la Catedral o a la pintura maravillosa de Fra Angelico de la Anunciación del Ángel a María. El daño cultural y antropológico está en que nuestra cultura occidental, cristiana, en la cual hemos fraguado como nación, ha acunado la existencia de hombres y pueblos desde hace dos mil años, dando consistencia y contornos a la vida del ser humano con matices muy propios en cada lugar, que a su vez enriquecieron e hicieron florecer el tronco común, y es como si, secando el tronco, se secaran también las ramas floridas, nuestras propias ramas, y llegamos a quedarnos sin cultura, que es como decir que el hombre llega a no saber qué es su propia vida. Estas incidencias reveladoras ilustran lo sucedido en un aspecto determinado en la cultura cubana, pero son indicadoras de lo ocurrido en amplios sectores de ella.

El Papa Juan Pablo II nos ofrece como criterio de autenticidad para cada cultura humana «la solidez de su orientación moral... su razón de ser en favor del hombre y en la promoción de su dignidad en cualquier nivel y en cualquier contexto». Y nos pone en guardia el Santo Padre frente a la arriesgada y servil «aceptación de las culturas, o de algunos de sus importantes aspectos, como modelos culturales del mundo occidental, que, ya desconectado de su ambiente cristiano, se inspiran en una concepción secularizada y prácticamente atea de la vida y en formas de individualismo radical. Se trata de un fenómeno de vastas proporciones –agrega el Sumo Pontífice–, sostenido por poderosas campañas de los medios de comunicación social, y añade el Papa: «una cultura que rechaza la referencia a Dios pierde su propia alma y se desorienta transformándose en una cultura de muerte, como atestiguan los trágicos acontecimientos del siglo XX y como demuestran los efectos nihilistas actualmente presentes en importantes ámbitos del mundo occidental».

Para enfrentar el reto cultural de esta hora y ser capaz de abrirse sin temor a otras culturas es necesario que el hombre y la mujer jóvenes de hoy estén afianzados en los valores de su propia cultura. Una cultura, en la medida en que es realmente vital, no tiene motivos para temer ser contaminada, de igual manera que ninguna ley podrá mantenerla viva si ha muerto en el alma de un pueblo.

Por otra parte, hay valores comunes en todas las culturas. El Papa insiste en que el diálogo entre ellas es un instrumento privilegiado para descubrirlos y nos da la razón para esto: es que estos valores están arraigados en la naturaleza de la persona. Nos propone así Juan Pablo II cuatro valores que deben ser vivenciados universalmente si queremos crear en el mundo una civilización del amor y de la justicia: el valor de la solidaridad, el valor de la paz, el valor de la vida y el valor de la educación.

*«Ante las crecientes desigualdades existentes en el mundo, dice el Santo Padre, el primer valor que se debe promover y difundir cada vez más en las conciencias es ciertamente el de la solidaridad», y añade el Papa: la cultura de la solidaridad está estrechamente unida al valor de la paz, objetivo primordial de toda sociedad y de la convivencia nacional e internacional». Debe tenerse en cuenta, además, que «No se puede invocar la paz y despreciar la vida», acota el Santo Padre. «Nuestro tiempo es testigo de excelentes ejemplos de generosidad y entrega al servicio de la vida,*

*pero también del triste escenario de miles de hombres entregados a la crueldad o a la indiferencia de un destino doloroso y brutal»* y así enumera el Papa homicidios, suicidios, abortos, eutanasia, mutilaciones, torturas físicas y psicológicas, formas de coacción injusta, encarcelamiento arbitrario, recurso absolutamente innecesario a la pena de muerte, deportaciones, esclavitud, prostitución, compraventa de mujeres y niños, prácticas irresponsables de ingeniería genética como las clonaciones y el uso de embriones humanos para la investigación, con una ilegítima referencia a la libertad, al progreso de la cultura y a la promoción del desarrollo humano. Con relación a estos últimos afirma con energía Juan Pablo II: *«Una civilización basada en el amor y la paz debe oponerse a estos experimentos indignos del hombre»*.

La educación es el otro valor para construir la civilización del amor. Esta debe «transmitir a los sujetos la conciencia de las propias raíces y ofrecerles puntos de referencia que les permitan encontrar su situación personal en el mundo».

Y por último, en su mensaje, nos hace el Sucesor de Pedro un llamado a los hombres y mujeres de hoy, especialmente a los jóvenes, a la reconciliación, como una exigencia de nuestro tiempo. Es una invitación significativa que hace el Santo Padre en el marco de la compleja temática del diálogo entre las culturas, pero que vale también con respecto a todo diálogo que quiera ser verdadero entre los que integran un mismo pueblo, sobre todo cuando, en el seno de él, se producen desfases culturales que pueden conllevar el extrañamiento de unos con respecto a otros. Sigamos el pensamiento del Papa: *«En efecto, el diálogo es a menudo difícil porque sobre él pesa la hipoteca de trágicas herencias de guerras, conflictos, violencias y odios que la memoria sigue fomentando. Para superar las barreras de la incomunicabilidad, el camino es el del perdón y el de la reconciliación»*. Continúo citando al Santo Padre: *«Muchos, en nombre de un realismo desengañado, consideran que este camino es utópico e ingenuo. En cambio, en la perspectiva cristiana, esta es la única vía para alcanzar la meta de la paz»*. Y sigue diciendo el Pontífice: *la mirada al Crucificado nos inspira la confianza de que el perdón y la reconciliación pueden ser una praxis normal de la vida cotidiana y de toda cultura, por tanto una oportunidad concreta para construir la paz y el futuro de la humanidad»*.

En el primer día del año suplicamos a Dios para nuestro mundo, para Cuba, esta paz que los ángeles cantaron en la noche de Navidad y que la Iglesia, en los textos bíblicos leídos hoy, nos la desea como bendición, confirmándonos en la esperanza de que, por el nacimiento de Cristo, ya no somos esclavos, sino hijos de Dios.

Detengámonos conscientemente ante la escena de la Navidad, contemplemos a la de la Virgen Madre de Dios. Ella prefigura también la humanidad que debíamos todos nosotros llegar a ser: una humanidad acogedora, que da calor de amor a los más pequeños, a los niños, a los pobres, una humanidad que sabe guardar lo mejor de su acervo histórico y cultural y lo medita en su corazón para hallar, en el futuro, caminos de solidaridad, de justicia, de perdón y de reconciliación, que nos conduzcan a la verdadera paz.

Que interceda por nosotros la Madre de Dios, para que, en el nuevo milenio que hoy comienza, el mundo abra sus puertas a Cristo y se deje enriquecer con los bienes que el Salvador amorosamente nos dispensa. Que así sea.